



# INVITACIÓN A LA FIESTA DE LA POESÍA

*Por Carlos Marzal*

Todas las antologías de poemas las construye el capricho, o, si lo queremos decir de otra manera, el azar. Puede parecer que son obra de sus antólogos, pero todos los antólogos están sometidos al criterio de su propio gusto, que no es más que una variante privada del azar. Se lee y, por consiguiente, se antologa, con nuestras capacidades, con nuestras manías, con nuestras insuficiencias, con la memoria que hemos ido formando a lo largo de los años, con las predilecciones que nuestra conciencia ha rescatado. Es decir: se lee con el capricho.

A menudo he pensado que las antologías de poemas no son un acto muy diferente a una fiesta más o menos multitudinaria, y no sólo porque en ellas predomine la celebración como sentido último: la celebración de la poesía. Las fiestas multitudinarias son reuniones siempre azarosas. Los invitados vienen de lugares diferentes, unos son abstemios, otros se entregan a la libación de lo primero que encuentran por la casa. A algunos les gusta bailar, a otros cualquier manifestación cinética acompañada de música les resulta un sacrilegio. Los hay

parlanchines y los hay criptosilenciosos. Hay asistentes que llevan regalos (botellas de vino, pasteles, qué sé yo), en virtud de un dicho popular que indica que los invitados han de llamar a la puerta con los codos, porque traen las manos llenas. Ciertos participantes en la fiesta se marchan a una hora prudente, cuando los borrachos aún no han comenzado a cantar a capella, y otros se quedan hasta el alba, vociferando sus canciones preferidas, a capella, con el coro de la mañana, porque no quieren que la fiesta se acabe nunca.

Quiero decir que, igual que en las fiestas sociales existe de todo, en las fiestas de la poesía que conocemos con el nombre de antologías poéticas existe de todo también. Debería existir de todo. Las antologías de criterio estrecho pueden estar muy bien diseñadas: las de poetas metafísicos, las de poetas sociales, las de poetas místicos, las de poetas minimalistas. Pero no dejan de ser antologías de criterio estrecho. (Por lo mismo que una cena en casa con cinco o seis amigos no es una fiesta, una recopilación de poemas bajo una directriz muy concreta no termina de parecerme una verdadera antología de poesía, aunque sé que esta opinión resulta poco menos que insostenible si la analizamos en profundidad.)

He aprendido que las antologías, con cuyo criterio no estoy del todo de acuerdo, suelen ser más representativas de la poesía que se escribe en un momento determinado, que aquellas con cuyo criterio comulgo desde el inicio. Suelen ser más interesantes las recopilaciones en las que existe mucho donde elegir, en las que hay disparidad y diferencias, en las que se producen oposiciones, contradicciones, en las que hallamos estilos muy distintos. Nunca sabremos si en la variedad está el gusto, como defiende el refrán (porque el gusto es un asunto íntimo), pero de lo que no me cabe duda es de que la variedad es una de las mejores escuelas para que el gusto se forme, un gusto que después se ceñirá a lo concreto o que seguirá persiguiendo lo múltiple.

Esta antología es una reunión de poetas que tienen relación con la Universidad de Virginia. Esa relación es diferente en cada caso. Alguno – Fernando Operé- es profesor en la sede de Estados Unidos desde hace muchísimos años, además de creador del Programa de la Universidad de Virginia en Valencia. Otros son profesores más o menos recientes en UVA, como es el caso de Fernando Valverde. Pedro Larrea hizo su doctorado en UVA y dio clases en Valencia. Federico Díaz Granados fue profesor visitante en Charlottesville. Algunos trabajan en la actualidad en la sede de Valencia, como es mi caso. Otros han leído sus poemas en congresos que se han organizado en Charlottesville, como Raquel Lanseros. Bastantes – Lola Mascarell, Vicente Gallego, Bibiana Collado, Susana Benet, José Saborit-, han pasado por las jornadas de poesía amorosa que organizamos cada 22 de febrero en Valencia, con motivo de la festividad de San Valentín, un santo no sólo ligado al amor, sino también a la palabra curativa -como pretende ser también la literatura-; porque, según cuenta la leyenda, consiguió

que la hija ciega del juez que lo había condenado a muerte, y de la que estaba enamorado, recuperara la vista al pasarle una nota, cuando lo conducían al patíbulo, en la que había escrito “Tu Valentín”. La palabra y el amor son actividades medicinales, sobre todo si se administran al mismo tiempo.

En esta antología, por consiguiente, se respeta esa norma de la variedad de la que hemos hablado: poetas de diferentes generaciones, con diferentes maneras de acometer la empresa de escribir poemas, con voces muy distintas, con miradas particulares sobre la realidad. Ahora bien, creo que todos comparten a su manera la finalidad última de la poesía, desde mi punto de vista, que no es otra sino la de intentar transmitir al lector una forma de sentir el universo, de estar en el mundo. La poesía, en última instancia, es ser y estar. Procurar ser y procurar estar. Ser quienes podemos a través del lenguaje, porque el lenguaje es el único sistema del que disponemos para analizar la aventura de existir. Estar en la realidad con el concurso de las palabras: vivir para contarlo y contarlo para saber que estamos viviendo, y que lo sepan los demás.

La revista *Miríada Hispánica*, que publica la Universidad de Virginia desde el año 2010, ha prestado siempre atención a la literatura y a sus vínculos con la enseñanza, de ahí que considerase necesario dedicar un número especial a la poesía.

El hecho de que esta antología sea, en cierta medida, una antología de poesía “universitaria” nos obliga a pensar en cuál debería ser el papel de la universidad en relación con la poesía, en cómo debería resolverse el hecho de la poesía cuando entra en las aulas y participan en él los profesores y los alumnos. Puede parecer una pregunta muy complicada y con múltiples respuestas contradictorias entre sí; pero desde mi punto de vista se trata de un asunto sencillo, transparente y con una contestación esencial.

Cuando hablamos de la universidad hablamos también de la escuela, del colegio, del instituto, de cualquier lugar en donde exista un lector formado que intenta hacer entender la poesía a un lector en formación. Cualquier ámbito en donde se cruzan maestro y discípulos, profesor y alumnos se transforma en universidad, en ámbito para el saber en simpatía, para el conocer de un modo que está obligado a ser sensual.

Dondequiera que exista un aula -un aula entre cuatro paredes o un aula al aire libre-, cuando la poesía entra en ella, el deber de la universidad consiste en transmitir al lector, al alumno, la pasión por el poema, la lección de que leemos poesía para vivir mejor, para conocer más hondo, para disfrutar más lejos. La poesía no es una asignatura dentro de un plan de estudios, aunque lo sea también, sino una manera de encontrar nuestro sitio en el mundo, una forma de guarecernos contra la intemperie. La poesía debe convertirse en una actitud ante la

realidad, una forma de mirar y ver con mayor precisión, con mayor lentitud en un universo cada vez más acelerado, una pausa de clarividencia en un universo oscuro e impaciente.

Entender bien un poema es descubrirle durante la lectura que se ejecuta la emoción que posee. Enseñar literatura, enseñar poesía, es ayudar a entender bien los poemas, ayudar a que los lectores encuentren por su cuenta la emoción que late en los textos que leen. Ni más ni menos, aunque todo ello sea mucho, sea el corazón de este problema, un problema feliz. Estoy seguro de que cualquier lector encontrará en esta antología textos y autores de su gusto. Basta con un poema de un autor que nos conmocione, para descubrir un poeta y una obra. Basta con un poema para descubrir la poesía.